

Para una didáctica de la vocación y del esfuerzo

HORACIO A. FASCE

Universidad de Buenos Aires

El hombre es por excelencia, el ser de conciencia en cuya vida se actualiza la oposición polar del *yo* y del *no-yo*, del sujeto y del mundo. En lo que respecta a su cuerpo, en el estado de normalidad, las funciones vegetativas, de pura conservación, perfectamente sincronizadas, no distraen su actuar. Vive, por ello, desentendiéndose casi de su físico, puestas sus energías vitales en el mundo y los problemas que éste le ofrece. Y el primero es vivir, conducirse exitosamente a sí mismo y entre los demás.

Pero sobre las necesidades animales altea el espíritu y la lección y el futuro del acontecer histórico le impulsan a obrar y plantean ante él el problema de la conducta individual y colectiva, el problema de la necesidad por una parte y por otra el de la libertad.

El hombre no existe como el animal, dejándose vivir. Vive alerta, en la medida de sus fuerzas particulares y atisba, más o menos según ellas, lo que puede llegar a ser: se siente como destino personal y escucha un llamado que si bien proviene de su interior lo incita a actuar no sólo sobre sí mismo sino sobre las cosas y sobre los demás.

El hombre es vocación, y lo es a través de toda su vida y a veces, durante mucho tiempo, desconociéndolo y desconociéndola.

Es por ello que la pedagogía actual ha vuelto a plantearse el problema de la vocación. Muchos han llegado a dudar de su existencia, arguyendo que todos los hombres poseen, en gran similar, la propiedad de realizar, convenientemente conducidos, cualquier actividad, cualquier oficio, manual o intelectual. Sólo las circunstancias de la vida, y entre ellas el azar, darían dirección y carácter específico a la conducta humana.

Observemos, sin embargo, que la comunidad específica del ser humano no excluye las diferencias individuales como lo prueba la distancia enorme que existe entre el idiota y el genio y la relativa modestia de la acción educativa, que aplicada en común a un grupo de individuos produce, sin embargo, los frutos más dispares.

Desde el otro punto de vista, que es el nuestro, multitud de argumentos se aducen en apoyo de la existencia de la vocación, entre otros la ya citada acción educadora que tanto aprovecha a unos y tan poco a otros. También es innegable la existencia de tendencias originarias y permanentes hacia algo determinado, que ningún obstáculo doblega y que persisten durante toda la vida. Confirmando lo anterior y a modo de contraprueba, ¿cómo no citar a quienes viviendo en ambientes calificados se conducen inadecuadamente y marchan al fracaso y, por el contrario, a quienes proviniendo de las capas sociales más humildes se distinguen por su elevación espiritual?

Se ha dicho también que algunos grandes hombres lo han sido por obra de la casualidad sin ver que a la casualidad se debió, tan sólo, la revelación y el desarrollo de la vocación y no su creación, como lo prueba el hecho que otras muchas veces también el azar ha llamado a otras vidas sin producir el genio.

El problema del origen y desenvolvimiento de la vocación cae dentro del ámbito de la herencia psicobiológica, con todas sus oscuridades, con todas las imprevisibles coincidencias de factores que surgen de la combinación de características no bien conocidas, provistas por los ascendientes. La vocación es, pues, como hemos visto *originaria* en el ser y en este sentido recuerda al instinto, que es también originario e inconsciente pero se diferencia de él en que mientras éste procede inexorablemente, aquélla, a partir de la base orgánica imprescindible, crece, se desarrolla y orienta con un coeficiente personal y ético distinto totalmente al plan de la actividad instintiva. También pareciera la vocación ser *adquirida*, cuando, acontecimientos extraordinarios, producen bruscas mutaciones de la personalidad; no obstante (y las conversiones religiosas pueden ser citadas aquí) la base psicobiológica mantiene su importancia como lo prueban los estudios sobre la psicología de los santos, reforzando la creencia en el carácter originario (retardado en estos casos) de la vocación.

Pero, manifiesta desde los albores de la vida como en Mozart, lograda tras ardua lucha como en San Agustín o con fulmínea rapidez

en Pablo de Tarso, la vocación *es siempre una aptitud o habilidad predominante, constante y progresiva del ser, orientada hacia lo que dicho ser estima como valioso*. La manera de llegar a la elección del fin, a la realización de la vocación, puede ser, como lo hemos sentado, gradual y laboriosa o brusca y fácil, pero no se identifica absolutamente con las inclinaciones individuales, que pueden ser múltiples sin alcanzar los rasgos distintivos ya citados. Tampoco debe asimilarse la vocación a las diferentes técnicas de los oficios o profesiones ni considerarse como una acomodación a dichas técnicas; por el contrario, es la dirección espiritual que la vocación configura la que, a través de la historia, ha creado y perfeccionado dichas técnicas. El ambiente puede estimular y aun sugerir una determinada inclinación, el sujeto puede gustar o rechazar determinada técnica, pero la esencia del impulso vocacional consiste en sentirse *llamado* para actuar en una dirección dada de la labor humana y entregarse a ella sin reservas. Es el poder electivo del *yo* profundo que busca su línea de acción entre las resistencias del acaecer y lo consigue: de donde proviene ese goce íntimo y esa sensación inexpresable de estar descubriendo y cumpliendo con el destino, que hace acatar lo necesario con esa libertad de elección y a la vez con esa conformidad que se confunde con la más íntima necesidad del ser. Pero ese descubrimiento y ese cumplimiento no son fáciles. El *yo* no se ofrece nunca como un todo completo, rígido y acabado. También tiene conciencia de sus debilidades e imperfecciones y trata de superarlas. La vocación, considerada desde este ángulo de las posibilidades del ser, consiste, al decir de Le Senne, "en un compromiso entre lo que el carácter permite que un hombre sea y lo que el valor le hace presentir, admirar y desear".

Recordemos ahora la frase latina: *Multi sunt vocati, sed pauci vero electi*. El hombre puede errar la senda de su vocación, puede no ser elegido. Esto puede sucederle o por no conocer su carácter y tender hacia valores que con dicho carácter no podrá lograr o por una debilidad del carácter que se deja seducir por ciertos valores en vez de sujetarlos a su albedrío y valerse de ellos para realizarse realizándolos.

La vocación es pues un motivo de especial preocupación para la ciencia de la educación y especialmente, en el terreno práctico, para la didáctica, que ayudada por la caracterología puede auxiliar al ser en formación para lograr la más eficiente realización de sus posibili-

dades intrínsecas, obteniendo así su felicidad y la de la comunidad. Muchos hombres fracasan o no rinden en la medida de lo que son capaces porque se extravían por sendas que no son las más convenientes para sus respectivas naturalezas. Y lo hacen porque ignoran lo que pueden y lo que no pueden hacer. Ignoran su capacidad efectiva.

Conocer el carácter dentro de lo que permite la edad y el grado de formación en que éste se halla, es misión impostergable de la escuela, principalmente en el ciclo medio y superior, cuando una elección desacertada gravitará irreparablemente en el destino ulterior del individuo. Por ello el problema educativo-vocacional adquiere, ante el momento de la elección, una urgencia y una responsabilidad tremendas. En todo ser, como lo hemos afirmado, duerme una vocación originaria que la mayoría de las veces se mantiene imprecisa, vacilante, temerosa. Y al par, en todo ser está siempre despierta la raíz animal que tiende a dejarse vivir, a abandonarse al acontecer biológico y físico de la pura sensación.

Al hombre hay pues que *hacerlo*, porque la mayoría de ellos ni saben ni pueden *hacerse*. Por lo menos hay que darle la ocasión y los medios de colaborar en la obra de formar su vida y si ésta (la vida) se resiste, es menester obligarla y encauzarla. La educación es una obra por la cual un ser se va canalizando en el sentido de sus predisposiciones favorables y se ve constreñido a abandonar, mediante el esfuerzo y la disciplina, impuestos primero y acatados libremente más tarde, los factores adversos de su constitución biopsíquica.

En este terreno la didáctica ha librado, y continúa librando todavía, un combate sin tregua contra un aspecto de la concepción roussoniana de la educación por el interés puramente espontáneo y la mitigación del esfuerzo, que reconoce sus raíces en el hedonismo del Renacimiento.

Al tratar de la manifestación de las vocaciones se observa que es muy frecuente tomar por verdaderas, direcciones falsas y antojadizas, que luego se desvanecen sin dejar otros rastros que esfuerzos malgastados y mucho tiempo irremisiblemente perdido.

Es por ello que la educación por el juego y el interés espontáneo en el ciclo inferior, y la excesiva liberalidad en la elección al promediar del ciclo medio (los llamados "estudios electivos"), cuando el educando no ha concretado lo suficiente sus aspiraciones, pueden conducir a una dispersión peligrosa de las energías y tendencias, dis-

persión a todas luces inconveniente para la formación integral y armónica de la cultura y el carácter. En efecto, el educando, en libertad absoluta para elegir lo que le plazca, seguirá la línea del menor esfuerzo y si bien podrá aprender muchas cosas no aprenderá la más importante de todas: vencerse a sí mismo, resistir, esforzarse, constituirse en una voluntad.

Es preciso predicar y realizar la escuela del esfuerzo y hacer sentir al niño y al joven que todo lo grande y bello de la vida se consigue con el trabajo persistente, a través de la acción tesonera y constante. “Lo que se pretende engendrar en el deleite del juego —ha dicho María de Maeztu— no será nunca más que la caricatura de la labor, la sombra de la vida, nunca la vida misma”.

Nada hay, bien mirado, que sea fácil. A cada momento el niño, el adolescente y aun el hombre, corren peligro de extraviarse. La educación puede y debe salvarlos. La vida debe ser ganada en diaria lucha contra la dispersión y la inercia, crecientes con el auge de la técnica que trae comodidades cada vez mayores y afloja ciertos resortes morales de cuya tensión depende el futuro de la humanidad.

En los educandos del ciclo medio, y sobre todo en los comienzos, la personalidad no se ha formado todavía, ni la inteligencia, la afectividad y la voluntad han logrado consolidarse. El carácter se muestra extremadamente oscilante y se corre el riesgo de que, creyendo estimular una buena tendencia y una vocación auténtica se caiga en lo contrario y se dé alas a lo pasajero e inconsistente de los espejismos juveniles.

La facilidad no mejora a los indolentes y dispersos; en cambio ablanda y corrompe las energías de los aplicados. Hay que educar por el esfuerzo y para el esfuerzo, conociendo, previamente, mediante adecuadas exploraciones caracterológicas, hechas preferentemente al promediar y al terminar el ciclo medio, las principales líneas de vocación de los educandos a fin de poderlos colocar en los cursos donde podrán desarrollar sus aptitudes con más provecho para sí y para la comunidad.

Siempre debe tenerse presente que un ser adscripto a su vocación, realizando la tarea a que lo inclina su naturaleza, cumple su cometido con esa satisfacción profunda e insustituible de quien ha hallado su destino y tiene conciencia de que con su esfuerzo persigue un valor libremente deseado.

El educador deberá, pues, siempre que le sea posible, conceder un margen de iniciativa al educando, en el sentido de su auténtica vocación; pero tampoco olvidará que a los jóvenes debe, a la par, imponérselos muchas cosas bajo la severa advocación del deber.

La verdadera libertad, que es un método de conducta más que un argumento doctrinario, surge del acatamiento a la norma, a la autoridad y a la ley de la realidad. Por la vocación (y su etimología así nos lo dice) cada ser "es llamado" a cumplir el mandato de la vida, de su vida, propia e intransferible.

En ella, cada uno halla su ley y la obedece, cuando verdaderamente la encuentra, con absoluta e integral libertad.

La escuela tiene, en esta búsqueda del hombre por el hombre mismo, un papel y un deber primordial e importantísimo: poner un dique a los impulsos juveniles, aprovechándolos y encauzándolos por la disciplina y el esfuerzo inteligente y tenaz para conducirla, como quería el sabio Pestalozzi "por medio de la libertad a la necesidad y por medio de la necesidad a la libertad".